

Originalmente publicado en: *Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* Paulina Malavassi (editora) (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006).

**¿Cómo trabaja Clío?:
Los dilemas en la construcción del pasado y el papel de la imaginación histórica**

David Díaz Arias
Universidad de Costa Rica

Sentado en frente de un escritorio lleno de fichas (en papel o electrónicas, da igual), el historiador puede sentirse inspirado. Ante sí, tiene el trabajo de muchos meses (quizás años) realizado en varios archivos, bibliotecas y otros espacios a los que ha acudido en busca de la información que creía pertinente para su investigación. En el trayecto se ha dibujado un esquema mental de cientos de casos que lo hacen predecir que, efectivamente, tiene un problema histórico que desentrañar; un estudio tan interesante y apasionado que lo ha hecho invertir tanto tiempo y esfuerzo y que lo hace hablar de él cuando puede o le dan la oportunidad. En la formación de su problemática ha leído trabajos parecidos, o alentadores, realizados por colegas suyos distantes, que lo alientan a apretar las teclas de su computador personal para empezar a modelar ese mundo que se creía perdido y que él, lo cree, intentará recuperar. En sus espaldas siente el peso de sus antecesores y la mirada de sus contemporáneos. Al comenzar a divisar sus resultados se sonríe. Se afirma para sí que está descubriendo algo importante. Se sumerge en su tarea y diseña un estudio que adquiere la forma de un análisis. No obstante, en su viaje por la construcción de sus argumentos, ¿qué lo hace asegurar que ha logrado su cometido de recobrar ese pasado y no que en su lugar ha modelado un trabajo de ficción literaria?

La inspección del pasado con el objeto de encontrar en él una realidad, es la constante misión de la Historia. Al hacerlo, utiliza los rastros de ese pasado que son posibles de localizar en el presente y que pueden ser de tipo tan diverso como el documento oficial, pasando por la memoria, las actas, los documentos judiciales, los periódicos, las revistas, las fotografías, hasta avanzar hacia las entrevistas de historia oral, la pintura, la escultura, la literatura y aún más. Marc Bloch, el destacado historiador francés, ya había anunciado esta multiplicidad de fuentes en el quehacer investigativo de la Historia, cuando señaló, en su último texto (antes de ser barrido físicamente por uno de los fenómenos sociales de la historia del siglo XX), que la diversidad de los testimonios históricos era infinita.¹ Como mirando a través de un prisma, el mundo del que hablan esos residuos es, como ellos, heterogéneo y fragmentario (en algunos periodos mucho más que en otros), no preciso y lleno de juicios. Con estas claves, el historiador logra encontrar pequeñas piezas de un rompecabezas que él mismo va generando y al que él mismo va dándole coherencia. El resultado esperado será la reconstrucción de una imagen de las sociedades pretéritas.

Ocurren, sin embargo, tres cosas constantes en este trabajo que vuelven más complicado su trayecto. Primeramente, el problema pasado, estudiado desde el presente a través de documentos que nos hablan acerca de él, está muchas veces construido desde la visión de alguien y, en ese sentido, conservado con base en una percepción de lo ocurrido

¹ Marc Bloch, *Introducción a la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1979), p. 55.

que no necesariamente puede interpretarse como la realidad. La duda que tal cosa genera es si se está haciendo análisis de una realidad, o si se está reproduciendo el discurso de alguien acerca de esa realidad. Por otro lado, aquel que se acerca a descifrar las fuentes también posee un mundo que lo afecta en sus representaciones y que lo invita a leer desde varias perspectivas esos rastros. Es decir, el investigador también está sumergido en un conjunto de valores y maneras de percibir la realidad que determinan su visión del presente en el que vive y, por efecto, determinan también el pasado que está estudiando. En ese sentido, ¿se reconstruye el pasado o el historiador se diseña un pasado desde su interpretación de las fuentes? En tal caso, ¿no habría posibilidades distintas de interpretación del pasado como historiadores que lo estudian? Finalmente, en ocasiones, cuando se arma la interpretación, en el resultado final avistado por la unión de las piezas, hay espacios incompletos generados porque no se encontraron en el camino investigativo las piezas para completarlos. La sensación que se experimenta entonces, es parecida a la de una mirada impresionista, que, como en un cuadro de Édouard Manet, presenta un paisaje que nos aborda la luz y no necesariamente los objetos. ¿En qué medida es artificial la actividad histórica cuando se encarga de llenar esos espacios? Estos tres problemas son los que han generado el debate con respecto a la capacidad de los historiadores de descifrar efectivamente esa realidad del pasado y son quizá los principales elementos que han generado críticas a la disciplina desde distintas áreas.

Partiendo de los elementos anteriores, muy rápidamente la discusión se acerca al problema de la percepción de la realidad (sumamente antiguo en la filosofía), que ha llevado a varios estudiosos a plantear la posibilidad de que la Historia, en tanto envuelta en estas dificultades, no puede aspirar a ser ciencia, en el sentido de que la ciencia estudia fenómenos “reales” y los precisa, y por ende que la investigación histórica se aproxima más a una creación literaria en la que sus partes pertenecen, no al estudio del pasado, sino a una ficción creada con un lenguaje de verdad.² Desde esta perspectiva, la Historia, muy próxima a la poesía (en el sentido aristotélico), no estaría llamada a recrear un pasado real, sino a apuntar un pasado construido por el investigador con vistas de verdades y vistas de ficción, tan unidas las dos que se torna difícil su separación en los argumentos. En este límite, el trabajo de la Historia se limitaría a contar y no a explicar.

Estas críticas (que tuvieron algún efecto importante entre el mismo mundo de Clío hace unos años)³ son, si bien interesantes, problemáticas porque no contemplan en su ancho espectro la forma en que trabaja la investigación histórica. Aunque algunos de los elementos apuntados habían sido poco explorados por los historiadores hasta hace unos lustros, su enfrentamiento ha brindado la posibilidad de volver más dinámico el espacio de debate sobre la investigación. Fundamentalmente, lo que se encuentra en la arena de la discusión es el concepto de objetividad de la Historia, cómo se construye el objeto de investigación, el papel de la narrativa en la redacción de los argumentos y la forma en que funciona lo científico en esta disciplina.⁴

² Hayden White, *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992); ídem, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica* (Buenos Aires: Paidós, 1992), pp. 17-101. El primer texto fue publicado por primera vez en inglés en 1973, mientras que el segundo lo fue en 1987.

³ Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia* (Madrid: Ediciones Cátedra, 1997), pp. 126-143.

⁴ Georg G. Iggers, “Historiography between scholarship and poetry: reflections on Hayden White’s approach to historiography”, en: *Rethinking History* 4:3 (2000), pp. 373-390. Agradezco al profesor Iván Molina por haberme facilitado este artículo.

Lo anterior es todavía más importante porque llama a redefinir la conceptualización que los historiadores tienen de su trabajo en una forma más dinámica. Esto porque, el estilo en que las escuelas historiográficas más importantes del siglo XX resolvieron la cuestión de si la historia era ciencia o no, pasó, sin más, por asegurar que la historia era una disciplina científica.⁵ Al decir ciencia, los historiadores interpretaron que su disciplina debía intentar aproximarse, tan cerca como pudiera, a las ciencias naturales y en ese camino una buena parte de la comunidad de historiadores pensó que la solución era el uso de las matemáticas, la cuantificación y la formulación de modelos matemáticos que permitieran evaluar las hipótesis que se plantearan de una forma “precisa” y, en ese sentido, “científica”. La teoría debía servir para orientar el trabajo histórico que se reducía, en buena parte, a verificar los modelos (generalmente económicos). La revelación de esta visión de la historia fue la primera generación de historiadores de la llamada Cliometría.⁶ Pero no sólo allí. Tanto con el modelo economicista marxista y con el modelo ecológico-demográfico francés, la Historia como tal fue vista como una ciencia posible. El sentido de este estilo era la estructura y la cuantificación. En Costa Rica, claramente, una buena parte de los trabajos de la década de 1970 y principios de la de 1980, concentrados en la cuestión económica y demográfica, intentaron hacer ciencia histórica desde esta perspectiva.

El problema de estas formulaciones fue valorado por el historiador inglés Lawrence Stone en un polémico artículo publicado en 1979.⁷ Su crítica partió de señalar que este tipo de Historia había generado un desencanto, aunado a una declinación en el compromiso ideológico entre los intelectuales occidentales, un reconocimiento tardío de la importancia del poder, un vocabulario hiperespecializado en modelos matemáticos y el registro mixto de la cuantificación, que generaban un rechazo hacia el estilo en que se había entendido a la Historia. Es importante indicar esto porque, en la contemplación de la encrucijada a la que entró Clío a principios de la década de 1980, se deben buena parte de las preguntas que se han hecho al inicio de este ensayo y que ahora conviene rescatar.

Si la reacción al historicismo clásico fue la visión de la historia como una ciencia capaz de cuantificarse, la acción frente a este paradigma fue la cosecha de una historia de estilo ameno, encantada con el detalle cotidiano y cazadora de historias particulares. El anhelo por construir una narrativa atractiva hizo que se produjera un acercamiento fuerte entre la Historia y la Literatura, que ha terminado por impactar a ambas de manera distinta. En el caso de ciertos historiadores, este acercamiento promovió la falsa creencia de que utilizando la narración tenían asegurada una alternativa a los sistemas teóricos. Estaban equivocados.

Entonces, ¿cómo interpretar los dilemas de la construcción del objeto en la investigación histórica a la luz de estos debates? No parece existir una contradicción importante en el hecho de acercarse al pasado desde los discursos que este pasado no ha dejado y el interés por descubrir a partir de ellos una realidad social modelada en ese pasado. Percatarse de que las fuentes están cargadas de visiones del mundo, no involucra, inmediatamente, una descalificación de que a partir de ellas sea imposible reconstruir los rastros de realidad que el historiador persigue. Si bien la descripción es subjetiva, es posible

⁵ Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales* (Barcelona: Editorial Labor S.A., 1995), pp. 23-58.

⁶ Alberto Baccini y Renato Giannetti, *Cliometría* (Barcelona: Crítica, 1997), pp. 7-46.

⁷ Lawrence Stone, “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, en: ídem, *El pasado y el presente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), pp. 95-120. El artículo original en inglés fue publicado en la Revista *Past & Present*.

leerla en sus espacios libres, en sus silencios y sinsabores, y es posible advertir, más allá del discurso individual, una realidad social histórica. Asimismo, la evaluación del material producido en una comunidad de historiadores, es en cierta forma una garantía de que el producto tenga validez en sus afirmaciones.

Por otro lado, el discurso del historiador está mal escondido cuando, a fuerza de creer que los números hablan de forma objetiva, se construye la idea de redimir la subjetividad de la escritura con el dato exacto, el lenguaje matemático y las teorías puestas en marcha sin mucho diálogo con la metodología de análisis de la Historia. El “cientificismo” que resume esa posición, es problemático no solo porque amarra el vocabulario histórico, sino porque construye la falsa idea de que los resultados finales son incuestionables. El historiador catalán Josep Fontana anotó lo patético de tal visión cuando señaló que la concepción de ciencia que opera en ella es, a todas luces, una concepción completamente superada.⁸ Apartada de esta falsa solución, la Historia no debería deambular entre los métodos que parezcan más científicos que otros por su vocabulario o por su recurrencia a los números. Si bien se hace imposible hacer explicaciones sin tales herramientas y las apreciaciones deben –siempre– hacerse con base en resultados y no en intuiciones, la producción del conocimiento histórico avanza mejor cuando, a partir de las fuentes, observa las teorías como hipótesis y, en el duro trabajo de recolección y sistematización de la información primaria, afina métodos que ha tomado prestados de otros lugares. Es aquí donde reside una de las cualidades que hacen valioso el trabajo histórico: la construcción del pasado se hace con un aparato crítico que actúa sobre las fuentes, las ubica en su justo contexto y las lee con la intención de descifrar subjetividades y determinar lo social que a partir de los datos encontrados se puedan extraer. La Historia es verdad en tanto sigue estos métodos y no se inventa los datos con los que trabaja, mientras que sus argumentos están dados y amparados con base en esos datos que ha denotado como fidedignos. No puede haber ficción en el proceso de construcción del argumento histórico en tanto que la edificación de la investigación se hace en un ligamen directo con aquello que de las fuentes podamos extraer y no inventar.

Pero, ¿qué papel juega la imaginación en la reconstrucción del pasado? Es fundamental. Tal imaginación es indispensable en la escogencia de los temas de investigación, en la lectura de las fuentes, en la aplicación de las herramientas de análisis, en la recolección de los datos y en el hilado de los argumentos. Imaginar en estos casos sin embargo no es sinónimo de invención, sino de poder de creación y aplicación. Quizá es cuando estos elementos se conjugan con el interés por escribir de forma agradable y con estilo, que la Historia se vuelve musa.

Probablemente la Historia sea una de las pocas ciencias sociales que tiene la posibilidad de hacerlo. Se vuelve un saber científicamente orientado en cuanto busca desarrollar su quehacer con base en métodos de análisis y lectura crítica del pasado. En cierta medida se convierte en narrativa –pero no en ficción– cuando logra traspasar los muros del lenguaje academicista y volver hacia sí la mirada de los no especialistas. Por fin, se vuelve esperanza cuando en su quehacer cotidiano rescata la voluntad por el cambio histórico. Esto es fundamental. Uno de los peligros de convertir a la historia en una mera narrativa justamente reside en desbocar en la creencia del individuo sin conexión social y, por tanto, de una historia atada a los preceptos de hombres y mujeres “extraordinarios”, antes que al poder de transformación social. En cambio, la escritura de la historia debe

⁸ Josep Fontana, *La Historia después del fin de la Historia* (Barcelona: Crítica, 1992), p. 30.

intentar determinar, como programa principal, las transformaciones que se producen como parte de la acción de lo social. Comprobar ese cambio humano y sus posibilidades es, al fin de cuentas, una de las cosas que vuelven a Clío fundamental en el programa de las ciencias sociales y en la construcción del futuro.